

Carlos Flaminio Rivera

El cuidador de Musgonia,
un territorio mágico en el Tolima



Carlos Flaminio Rivera. *Fuente:* <http://criticamohan.blogspot.com>

Por: Lucía Esperanza Sánchez Arango

Título: Carlos Flaminio Rivera. El cuidador de Musgonia, un territorio mágico en el Tolima

Autor: Lucía Esperanza Sánchez Arango

e.ISSN: 2462- 9219

Tolimenses que dejan huella; Vol. 5 (2019)

URI: <https://doi.org/10.35707/tol/503>

Ediciones Unibagué (Universidad de Ibagué)



Carlos Flaminio Rivera

*Se conoce que lo arrastraba el ansia.
Y el ansia siempre deja huella. Juan Rulfo. (El hombre, 1953).*

Se acerca el cuidador de Musgonia con su cortejo de criaturas de inframundo. Tras la neblina lo único que distingo es su enorme figura envuelta en el viejo gabán y su eterno sombrero. Con paciencia va arreando su carreta con el frenético ejército. Algunos espectros se tiran del carruaje. Se burlan de su amo. Él los regresa fustigándolos con su bastón. No pasa nada. Vuelvo a mi cama. Esto siempre sucede en Musgonia.

El Líbano: Musgonia. Con este hermoso nombre Carlos Flaminio Rivera define su terruño. Musgonia: prodigioso apelativo que encarna el misticismo de este pueblo. Musgonia: caleidoscopio de eternas montañas embrujadas eclipsadas por los destellos de una luna vitalicia. A través de la mirada del escritor, un enjambre delirante, aún deambula descaradamente por las calles. Levanta polvaredas y produce escándalos en las madrugada frías. Musgonia: aldea perdida y burlada desde su infancia por un dios pusilánime, que ante su evidente ineptitud, decide abandonarla para dejarla en manos de sus presencias fantasmales.

Esta es la Musgonia alucinante de Carlos Flaminio. Ella duerme su perenne olor a casa vieja, a techo desvencijado. Es el lugar donde a diario se escucha la sinfonía de aleteos, de letanías desgarradoras, de pasos sospechosos descolgándose por escaleras y pisos de madera. Aún se vislumbran por las ventanas bajo la neblina las recuas de mulas extraviadas; en su lastimero corcoveo sudoroso y con ojos agonizantes cargan los funestos restos de los que otrora fueran sus dueños:

“En Musgonia espantos y apariciones tienen sus entreveros. Estas son trochas que aparecen donde uno menos se imagina; llevan a todas partes, pero sobre todo a ninguna. En ellas no se encuentran herraduras, ni dientes de brujas trotonas”; así describe Rivera al Líbano en su libro *Álbum de hechicería* (2016).

Al encuentro

Por meses pensé en la manera más justa para describir al escritor libanense Carlos Flaminio Rivera. Cada vez que me concentraba, lo único que aparecía en mi mente era una imagen que estaba dentro de las páginas de mis cuentos infantiles. Estos relatos eran fabulosos, enormes. No me cansaba nunca de leerlos. Siempre trataba de imitar sus fantásticas tramas en mis primeros escritos. Lo hacía con letra muy cuidada, en hojitas de papel mantequilla.

El ser que habitaba las cuartillas de mis lecturas inaugurales encendía mis conexiones sensoriales. Vivía en escenarios de ensoñación y encantamiento. Se movía entre duendes, brujas, príncipes, doncellas, castillos y grutas encantadas. Recuerdo que la alegría se anticipaba en mi rostro cuando iba a su encuentro. Disfrutaba por horas calcándolo y pintándolo con mis Prismacolor en aquellos minicuentos; le hacía cacería por semanas en libros viejos para recortarlo y pegarlo. Era una especie de cuidador de bosques.

Este personaje era el encargado de velar por todos los seres que le rodeaban. Se trataba de una presencia tutelar, un viejo ermitaño y sabio. Se veía ensimismado en su deambular por el paisaje, detectando daños y reparándolos con poderes curativos, heredados de sus antepasados. Con su bastón defendía su mundo a capa y espada de entidades malévolas que amenazaban con el caos y la destrucción. Un superhéroe antiguo y eterno: ese, precisamente, era Carlos Flaminio. Era él allí camuflado entre mis recuerdos de infancia, escondido entre las páginas que amé tanto. Era él transformado hoy en el cuidador de Musgonia. Es el guarda mayor, el protector del Líbano.

Los orígenes

La familia Rivera Castellanos llegó al Tolima desde Boyacá, por los años cincuenta. Gabriel, el padre, Josefina, la madre, y José Plutarco, María

Alicia, Gabriel Antonio, María Elisa, María Edilma, Joaquín Albino, Elicenia y Carlos Flaminio, los hijos. Se establecieron un tiempo en Murillo, pasaron a las veredas Cantarrana, Primavera Alta, Primavera Media y Primavera Baja, del municipio de Villahermosa. La violencia recrudeció. Empezaron los asesinatos de los amigos de don Gabriel. En las fincas amanecían los muertos. La familia abandonó sus tierras en Primavera Baja donde se dedicaba a las labores del campo y a la elaboración de la famosa panela Primavera. Para esta época ya contaban con siete hijos. Corría el año de 1958.

En busca de un mejor futuro llegaron al Líbano y se instalaron justo en la esquina de la calle 6 con carrera 14, la calle de las Funerarias. Allí don Gabriel montó una tienda para vender carbón, petróleo, leña, arroz, jabón y leche. El espacio era precario para albergar a una prole numerosa: dos habitaciones. Tuvieron que destinar la mejor de ellas al negocio.

Doña Josefina Castellanos era guapa para el trabajo. Así la recuerdan los hijos. El 16 de julio, día de la Virgen del Carmen, sintió los dolores que le avisaban el inminente parto de su último descendiente. Sin aspaviento alguno atendió a los últimos borrachos. Según Carlos Flaminio, tranquilamente cruzó la calle buscando el hospital para que las monjas hicieran su labor. El niño se convirtió en el consentido no solo de sus padres, sino de las novicias, que siempre tenían algo para darle cuando lo veían por allí.

El cuidador de Musgonia nació en el hospital San José del Líbano. Era el año 1960, época en que aún se advertían los vestigios de la violencia que experimentó el país a finales de los cuarenta y principios de los cincuenta. Este cruel estertor lo vivió el Líbano de forma directa; eran los tiempos de Desquite, Tarzán y Sangre Negra, con sus decapitados, macheteados, y toda la barbaridad que se conoce. Por aquellos días, según relata Joaquín Rivera, conocido como Albino, uno de los hermanos mayores de Carlos Flaminio, “en Primavera, cuando se ponía dura la cosa, dormíamos en el rastrojo”.



Don Gabriel Rivera (El padre).
Fuente: Alicia Rivera Castellanos



Carlos Flaminio (dos años).
Fuente: Alicia Rivera Castellanos



Carlos Flaminio (once años).
Fuente: Alicia Rivera Castellanos



De izquierda a derecha, la madre (Doña Josefina Castellanos), el padre (Don Gabriel) y Carlos Flaminio bebé.
Fuente: Alicia Rivera Castellanos

Espacios encantados



Calle 6 con Carrera 8: La calle de las Funerarias. *Fuente:* La autora



Casa de los Ávila donde funcionó la funeraria La Ley del Tiempo.

Fuente: La autora

En el afán de seguirle la pista al cuidador de Musgonia en su génesis literaria, y a pesar de que él mismo se declara como un “escritor tardío”, puedo intuir a través del rastreo de su vida que existieron circunstancias existenciales que perfilaron su espíritu artístico. Los espacios mágicos que habitó desde su niñez marcaron definitivamente su sensibilidad y lo prepararon para la aventura literaria.

El espacio predilecto de los niños de la época para jugar fútbol fue la esquina frente al hospital. Se trataba de un extenso potrero polvoriento sobre la calle 6 con carrera 14. Allí existió el primer cementerio del Líbano, el cementerio católico. Era un patio de juegos encantado custodiado por las sombras de las criptas antiguas, un pobre camposanto ya sin nombre ni dolientes. Allí Carlos Flaminio quemó hasta la saciedad y el cansancio maravillosas horas de trompo, de cometas, de bolas. Todavía permanece en su memoria la manera en que los huesos y las calaveras se desenterraban ante el constante estrujón de la tierra. En estas incesantes exploraciones infantiles hallaban sorprendentes tesoros representados en antiguas monedas.

La chiquillada se escondía en una casucha vieja del potrero. Desde allí veía, obnubilada, a los bomberos ensayando sus potentes chorros de agua. Les gritaban cosas con el fin de provocarlos para que ellos los

mojaran. Fue el territorio estratégico a donde llegaban los circos que visitaban la localidad. Uno de tantos, tal vez el de mayor recordación para el escritor por sus fabulosos *shows*, fue el llamado Royal Dumbar.

El juego levantaba polvaredas, mientras al otro lado de la calle se vivía una descarnada realidad ofrecida por el espectáculo diario de la muerte. Esta era la protagonista con todos sus dantescos matices. El solo hecho de asomarse a la ventana proyectaba de inmediato un Comala rulfiano: velaciones, ataúdes, carros fúnebres, llantos de dolientes, aromas a inciensos y a coronas. El acontecer repetido de macheteadas y apuñalamientos. Y como si fuera poco, la esquina del hospital con sus constantes escenas del triste arribo de las víctimas de la violencia a la morgue. Paradójicamente, esta estaba ubicada en el Pabellón de los niños.

La calle de las funerarias, donde Carlos Flaminio vivió su infancia, fue bautizada así porque en este pequeño espacio se establecieron por décadas dos funerarias: La Ley del Tiempo de don Cristóbal Ávila, quien aún vive en la misma casa donde tuvo su negocio, y la Funeraria Martínez. La Ley del Tiempo era la más pujante y contaba con un coche famoso halado por un caballo y su jinete muy bien vestido para la ocasión. La carroza luego fue cambiada por un carro elegante con dos ángeles en bronce a cada lado del capó. Este detalle identificó a la funeraria por muchos años, aparte de la singularidad de su nombre. Estos carruajes fúnebres fueron un atractivo para los niños de la época, que insistían en andar colgados de ellos desatando la cólera del dueño.

La funeraria tenía también su taller de ebanistería para la fabricación de los ataúdes, donde los chicos jugaban tranquilamente, incluido Carlos Flaminio. Allí, entre los sobrantes de madera, viruta, puntillas, cajones de lujo y en obra negra, pasaban horas los pequeños. Fastidiaban tanto a los trabajadores que cada rato eran expulsados. Además, existía un sitio especial en el que preparaban los cadáveres para impedir su rápida putrefacción. El lugar tampoco se escapaba al fisgoneo de los niños.

De Juan Martínez, el Chulo, dueño de la otra funeraria, cuentan que aparte de su peculiar hernia inguinal, cargaba una cabuya para medir

disimuladamente a los agonizantes en su lecho de muerte. Así calculaba las dimensiones del ataúd. Dicen que entre los dos propietarios de estos negocios se estableció una competencia por la clientela. Este hecho los llevó a rivalizar durante muchos años hasta el punto de odiarse.

También esta calle fue por excelencia comercial, cercana a la plaza de mercado y al parque, centro del pueblo. Estaba impregnada de bulli-cio. Todo allí era algarabía: el escándalo de los vendedores ambulantes, de yerbateros ofreciendo sus menjurjes, de culebreros hipnotizando sus serpientes, de adivinos, pordioseros y locos; el choque de botellas y pocillos, el tronar de las bolas en los billares y el ruido de las enormes grecas con su vapor atiborrando las atmósferas; el eterno galopar de las recuas y el olor a estiércol; ruidos y voces tratando de entenderse en medio de la estridencia de los tangos, las rancheras, los corridos y pasodobles.

La barbería de Afranio Guevara fue otro sitio mágico para la vida del escritor. Era un tertuliadero político y doméstico donde hirvió el chisme al lado del tijeretear diario. Esta contaba con una antigua y espléndida silla giratoria de corte inglés. Del brazo pendía el tradicional trozo largo de cuero para afilar la barbera. El famoso trono era reclinable y con fino tapizado. Después de estar arrinconada en la oscuridad y la soledad por mucho tiempo, la silla fue donada a la Casa de la Cultura del Líbano, que hoy dirige Rivera.

En la barbería, además de la navaja y las tijeras, formaban parte del decorado los estantes de madera con todos los enjuagues, cremas y polvos para el oficio, el Old Spice y la espuma importada, las escobillas y la perilla para el agua, el alcohol para después de la *motilada* y otros pachulíes que le ponían a la clientela; la mesita de centro con revistas pasadas de moda y periódicos viejos, entre los que no faltaban nunca *Cromos*, *Veá* y *Cosmopolitan*. Las historietas eran el atractivo de los niños. Allí encontraban *Condorito*, *Superman*, *Memín*, *Archie* y *El Santo*. Era frecuente ver los grupitos de muchachos acurrucados alrededor de los cómics.

Esta fue una calle llena de vivencias inolvidables, como la del terremoto del año 1967 que derribó parte de la iglesia y que sorprendió al

pequeño desayunando, ya listo para salir al colegio. De repente el niño sintió cómo el sismo lo lanzó bruscamente de la banqueta al piso.

Los Rivera permanecieron diez años en la calle de las funerarias. Don Gabriel había pasado por penurias económicas. Según lo recuerda Albino, el padre tuvo que dedicarse a coger café en fincas vecinas. Los hermanos mayores del cuidador de Musgonia, José y Gabriel que ya desaparecieron, se enlistaron en la Policía para ayudar al sostenimiento de la casa.

La tienda de la ardilla

Por mucho tiempo la tienda de los Rivera fue atendida por la madre, doña Josefina, y alguno de sus hijos. Fue lugar de encuentro y descanso para arrieros y campesinos que venían de Villahermosa. La ruta era por la Polka, bajaban al Hoyo y desembocaban en el hospital. Esta era la única ruta que usaban los campesinos de la época desde Villahermosa para llegar al pueblo y poder ir al mercado. Se transportaban en sus mulas o en chivas y camperos destartalados repletos de barro. Precisamente estacionaban en este punto a la espera de los viajeros y sus remesas.

La tienda era un espacio encantado donde la palabra en medio de los tragos era la protagonista. Era una construcción rústica. Toda su estantería era de madera. Exhibía cajones adosados a las paredes de un color azul turquesa, como la mayoría de las tiendas típicas de estos tiempos. Sus paneles arrancaban desde el techo hasta la mitad de la estancia. Existían el rincón del carbón y las cantinas de la leche, y detrás de la puerta, los atados de leña. Había algunas mesas con sus bancas para atender a los borrachos y los grandes mostradores del frente con las provisiones propias del campo. Allí, muchos relatos fabulosos llenos de misticismo salidos de la boca de los arrieros llegaron a oídos de Carlos Flaminio.

Habitaba el negocio una ardilla que se descolgaba y corría por los estantes a su antojo, aparecía y desaparecía todo el tiempo estrellando los víveres y causando estragos; el animalito era toda una atracción no

solo para los niños, sino para los clientes que arribaban al lugar. Finalmente, la tienda quedó en manos de una de las hermanas mayores.

La casa de las palomas

La violencia comenzó a aplacarse. Mataron a los sanguinarios Desquite, Tarzán y Sangrenegra. El poblado respiró un aire de tensa calma. La triste tregua después del derramamiento de sangre. En ese momento don Gabriel recuperó las fincas perdidas en Primavera baja, vendió una de ellas y compró otra en la vereda La Gregorita, más cercana al Líbano. El negocio de la panela que tenían en la finca de Primavera baja se convirtió definitivamente en el firme sustento para esta numerosa familia.

Se habían trasladado a mitad de cuadra, por los lados del colegio Claret, hasta que don Gabriel, en 1975, adquirió por \$600 000 una enorme y estupenda casa, ubicada en la calle 11 entre carreras séptima y octava. Su arquitectura era republicana con grandes balcones. Allí había funcionado por mucho tiempo el Cuartel de la Policía del pueblo.

Esta vivienda, que hoy ya ha perdido el esplendor de su época ante la inexorabilidad del tiempo y que todavía pertenece a la familia, fue otro escenario novelesco y mágico. Muy seguramente entraría a nutrir la inquieta imaginación del cuidador de Musgonia.

La casa de la 11 tenía 17 alcobas. Había materas por montones, muchas jaulas que estaban colgadas en las paredes de sus amplios corredores de madera y, en ellas, hermosos pájaros. Las flores, en su mayoría orquídeas, embellecían y perfumaban el ambiente todo el día. Desde el amanecer se escuchaba el concierto de sinsontes, pericos, cotorras, loros y el aleteo permanente.

Doña Josefina era la responsable de mantener este maravilloso espectáculo de flora y fauna para la contemplación de los visitantes. Ella cuidaba de los helechos enormes que descolgaban tres metros y medio desde el segundo piso y también alimentaba a los pájaros. Tenía una familia de palomas, entre ellas los palomos gigantes que desfilaban como

reinas de belleza por todos lados. El nuevo hogar de los Rivera era como sacado de un fabuloso cuento: “Cómo sería de grande la casa, que podíamos jugar microfútbol y baloncesto dentro”, recuerda nostálgico Albino. “Ahí murieron los viejos. Y los dos en la misma alcoba”, sigue extasiado en sus memorias.

De cómo el cuidador de Musgonia se convirtió en narrador de historias

Carlos Flaminio reconoce la lectura como ejercicio fundamental para la formación de todo narrador. Su primer acercamiento al relato se da cuando era muy niño y sin saber leer, le pagaba a un amiguito para que le leyera cuentos de *El Santo*. Estas revistas, que alquilaban en la tienda, le proporcionaron un excelente arsenal narrativo. Pronto lo condujeron a inventar mundos fantásticos parecidos a aquellos de las historietas que escuchaba.

Cuando pudo, él mismo devoró con avidez aquellas fantásticas historias. Posteriormente, en su época de estudiante de secundaria leyó clásicos como Antón Chejov y León Tolstói. Pasó lo mismo con escritores colombianos como Gabriel García Márquez, Álvaro Mutis, José Asunción Silva, Tomás Carrasquilla y Porfirio Barba Jacob. Descubrió a los del *boom* latinoamericano: Juan Carlos Onetti, Mario Vargas Llosa, Julio Cortázar y José Lezama Lima. Disfrutó cuentistas de la talla de Edgar Allan Poe, Charles Perrault y Jorge Luis Borges. Todos ellos reforzaron su estructura conduciéndolo hacia su destino.

Haber habitado espacios mágicos durante su infancia y adolescencia y estudiar parte de su bachillerato en el colegio Isidro Parra, fueron circunstancias que muy seguramente llevaron al cuidador de Musgonia a los dominios de la escritura. Este plantel fue legendario en la región por albergar en sus aulas a generaciones de revolucionarios que protagonizaron mítines, tomas y huelgas famosas en las décadas de los setenta y ochenta por las calles del Líbano.

El estudiante Rivera Castellanos estuvo directamente implicado en las revueltas. Una de ellas fue la que lideró en contra de una rectora que en sexto de bachillerato lo puso a sufrir para su graduación. No le podía perdonar la impertinencia de sus poemas. En ellos abiertamente la ridiculizaba por su postura policiaca. Ahora solo tiene un fragmento de aquellos versos incendiarios en su memoria: “No había visto una gorda vestida de policía en un escritorio donde había una rectoría. ¡Ay! pobre del Isidro Parra”.

Carlos Flaminio corrió con la suerte de encontrarse con las clases de Español del profe Lechuguita en el Isidro. Este profesor lo orientó hacia los grandes escritores clásicos y fortaleció su encantamiento por la literatura. El docente proponía al alumnado el abordaje de las obras desde lo semántico. Catalogaba de “obsoletos” los análisis morfosintácticos. Este claustro también contaba con una estupenda biblioteca, a cargo de don Horacio Hernández, que le proporcionó el disfrute de los libros. Allí pasó mucho tiempo nuestro escritor.

Por esta época, Carlos Flaminio lideró la circulación del periódico Ideario Isidrista, en el que aparte de editar sus primeras poesías, cuentos y los de sus compañeros, también se convirtió en herramienta de denuncia estudiantil. Cuenta Carlos Flaminio que, a la par de sus publicaciones, organizaba competencias de escritura y torneos de lectura de obras con sus amigos Luis Alberto Cruz y el hoy escritor Celedonio Orjuela.

Satanás disfrazado de Gillain-Barré

En 1980, cuando tenía veinte años, intempestivamente se vio atacado por el Gillain-Barré, que lo dejó marcado de por vida. Antes de este trágico incidente, Carlos Flaminio era un muchacho más del pueblo aficionado al fútbol. Este deporte se le facilitaba debido a su perfecta complexión: estatura envidiable, cuerpo robusto y todo él rebosante de energía y salud. Era delantero destacado del equipo Líbano Juvenil y también practicaba con gran éxito el baloncesto. Tenía su novia a la que apodaban Manico-

mio. Iba, venía, tomaba, rumbeaba y amanecía con su combo de amigos: Sancocho, Canillas, Caremango, Chupeta, Aguapanela, Pipe y Pescuezo. Todos ellos jugarían un papel preponderante durante la etapa del fatídico Gillain-Barré y luego para toda su vida. Algunos ya han fallecido y otros conservan su entrañable amistad.

Definitivamente el grupo de amigos se puso al frente de la recuperación. Formaron una especie de brigada al rescate del amigo y, muy abnegados, se turnaban para trasladarlo de un lugar a otro. Lo llevaban a piscina, al parque, al café y lo animaban a diario para que derrotara la enfermedad. Gustavo García, Sancocho, uno de sus mejores amigos, cuenta que uno del grupo iba y lo sacaba a hacer ejercicio y especialmente a que practicara la natación.

Su hermano Albino trae a la memoria con tristeza este duro episodio. Disimula su voz entrecortada: “Empezó a ponerse mal en la mañana y por la noche ya estaba paralizado”. Se iniciaron ocho terribles años de médicos, hospitalizaciones, drogas, terapias, encierro, postración, impotencia y dolor, tanto para Carlos Flaminio como para su familia.

El apesadumbrado hombre jamás se rindió. Luchó valerosamente hasta que logró, con mucha dificultad y al cabo de dos años, empezar a mover lentamente sus extremidades. Este evento fue todo un milagro pues, como afirma Sancocho, “lo único que movía después del Barré, eran sus pulgares”. El padre tuvo que gastar gran parte de su capital en estos tratamientos. Lo llevaron a terapias a Ibagué, Bogotá y Mariquita. Por esta época inició sus estudios en la Universidad Nacional de Bogotá.

Albino prosigue ensimismado en sus recuerdos: “Yo lo ayudaba a lidiar. Era muy pesado para cargarlo; en Bogotá lo llevamos a muchas clínicas y no le pudieron hacer nada. Una francesa médica terapeuta también lo trató en Mariquita”. Durante los siete u ocho años de rehabilitación, Carlos Flaminio se empeñó en conducir el Lada que su padre le había regalado: “Iba hasta Bogotá. Se daba mañas de manejar la dirección y frenar ¡no sé cómo! Los amigos lo llevaban a fiestas y las muchachas bailaban con él como un maniquí”, recuerda Albino.

Las universidades, la salsa, el son montuno, las tabernas, los amigos

Corrían los años ochenta, Carlos Flaminio se empeñó en estudiar a como diera lugar. Ante los constantes embates de la enfermedad, declinó su fiero propósito: intentó en la Nacional con Filosofía y Veterinaria, en esta última logró avanzar siete semestres; Derecho, en la Militar, y Hotelería y Turismo, en el Externado. Todas quedaron inconclusas. El Gillain-Barré había golpeado fuertemente su humanidad y no le permitió cumplir sus metas.

Por cursar dos carreras de manera simultánea —Derecho en la Militar y Filosofía en la Nacional— se metió en problemas. En una ocasión casi lo tildan de infiltrado en la *Nacho*. Como andaba con la maleta para cambiarse a vestido de paño para asistir a clases en la Militar, en una de las famosas trifulcas que arman en la Nacional le descubrieron el maletín con la vestimenta y hasta ahí llegó con el Derecho. Por otra parte, abandonó sus estudios en el Externado por considerarlos muy *gomelos*.

A pesar de que vivía con su hermana en el barrio Primavera, pasaba la mayor parte del tiempo en la Universidad Nacional. Allí se encontró con sus coterráneos del Líbano y sus reuniones eran en las renombradas residencias estudiantiles. Los llamaban los palestinos, por su ciudad de origen. Dentro del grupo estaban Canillas, Alfonso González, ya fallecido, Caremango y Chachi. Se volvieron famosos y establecieron su cartel. Prácticamente mandaban en la Universidad.

Allí se inscribió en un taller de creación literaria a cargo del maestro César Valencia Solanilla. En este momento descubrió su vocación, animado por el apoyo y orientación de su mentor. A él le debe el hecho de haberse decidido por la escritura. Empezó a aficionarse seriamente por escritores como Conrad, Borges, Cortázar, Faulkner, Dostoievski. Se hizo amigo de por vida del poeta Juan Manuel Roca, quien le publicó algunos escritos en el *Magazín Dominical*. Dice Carlos Flaminio que leer poesía fue clave para el desarrollo de su sensibilidad como escritor y aún considera este hábito una necesidad diaria de su oficio.

Rememorando estas épocas, Gustavo García, Sancocho, ríe perspicazmente. Estábamos en su casa. Despachaba a sus conductores con las encomiendas. Se decide a contarme algunas historias: “Volteábamos en el Lada de Flaminio para todos lados. En esa época había un sitio en Bogotá que se llamaba Quiebracanto. Era cerca de la Javeriana. Allá llegaban los bohemios de muchos pelambres. Nos íbamos a escuchar vallenatos, son cubano y son montuno”.

Mueve sus papeles y habla con uno de los conductores. Por momentos su rostro deja ver algo de nostalgia. Prosigue: “Flaminio es un *cambalachero nato*. Cambia fincas, casas, terrenos, camisas, zapatos, lo que sea. Tuvo fincas en Convenio y en La Trina y las cambió. Ahora está arreglando una para organizar el parche. Los relojes son su debilidad y tiene colección. También le gustan los caballos. Lo hemos montado amarrado a los estribos para que vaya en la cabalgata, ja... Sabe mucho de café y sus variedades, y le gusta prepararlo. Es un gran amigo”.

“Marthica le puso el tatequieto”



Marthica, Torito Santiago (el hijo) y Carlos Flaminio.
Fuente: Carlos Flaminio Rivera

Retornando la charla con Albino, se anima y repasa los recuerdos una vez más para hablarme de Martha Castro, la esposa de Carlos Flaminio: “Marthica era una verraca. Cuando viajaban en el Lada ella era la que despinchaba las llantas y también fue la que le puso el tatequieto. Lo animaba a que escribiera todo lo que contaba. Desde pequeño se inventaba cuentos y se los relataba a la gente”.

El cuidador conoció a Marthica en la Nacional. Los dos estudiaban Veterinaria. Martha es el amor de su vida, la que ha sido su permanente compañera y con la que tiene a su único hijo, Santiago, que hoy es abogado y lo conocen como Torito. En vista de las continuas interrupciones provocadas por la precaria salud del escritor, la pareja decidió abandonar definitivamente sus estudios y radicarse en el Líbano. Marthica estudió Licenciatura en Básica Primaria a distancia y se dedicó a la docencia, principalmente de la Literatura.

Con nostalgia, el cuidador de Musgonia recuerda esos tiempos: “Llegué con una licuadora debajo del brazo a hacer vida con Marthica. Traíamos un legado cultural valioso que forjamos en la Nacional y quisimos extender esta experiencia en el Líbano. Llegamos a la casa de mi mamá, mi papá ya había muerto, y me dediqué a manejar la finca de Primavera que me dejó”.

Simultáneamente fundaron el taller literario Pergamino. Este funcionaba todos los sábados desde las seis de la tarde hasta altas horas de la madrugada. Empezaron a traer escritores, pintaron murales y revitalizaron el teatro en el pueblo, en compañía de Javier Vejarano y Ernesto Montoya. “Queríamos aportarle algo al Líbano, no venir a vivir por vivir”, afirma Carlos Flaminio. Esta preocupación por su terruño sigue latente.

El refugio hechizado del cuidador



El cuidador de Musgonia en su refugio.

Fuente: Foto Estudio Henry



“La fuente de los peces invisibles”

Fuente: La autora



“La pequeña media torta de las voces dobladas”.

Fuente: La autora

El cuidador de Musgonia está a cargo, desde hace veintiún años, de la Casa de la Cultura Luis Flórez del Líbano. Allí han nacido sus obras: *Sin puntos sobre las íes*, *Cruentos y adioses*, *La mirada sumergida*, *Sudor de sueños y otros textos*, *Las horas muertas*, *El árbol imaginado*, *La mascota de Kafka*, *Mito Mineima*, *Apuntes históricos sobre El Líbano*, *Un país...o algo así*, *Viaje a la costa* y *Álbum de hechicería*. Este centro cultural cuenta con su museo donde se exhibe una hermosa colección de fotografías de antiguos pobladores del Líbano, documentos históricos y antigüedades, objetos cotidianos que forman parte de la memoria del pueblo y que han sido dona-

dos por familias oriundas de la región; existen salones de pintura, danza, música, teatro y también aquí tiene su sede la Biblioteca Municipal. Toda la política cultural de la zona se ha direccionado desde este sitio y Carlos Flaminio Rivera se ha encargado de mantenerla viva durante los últimos veinte años. Muestra de ello es su colosal esfuerzo por mantener por años la editorial Biblioteca Libanense de Cultura y mostrar al Líbano ante el país, como único municipio con editorial propia donde no solo encuentran respaldo los nuevos talentos, con la publicación de más de cincuenta títulos en la Nuevas voces del Líbano, sino también se recupera y se enaltece el valor y la belleza de la literatura hispanoamericana.

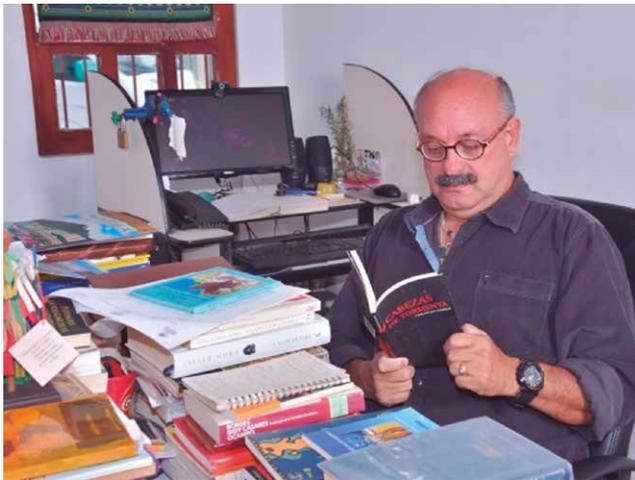
Dentro de la dinámica de la Casa de la cultura del Líbano, continuamente se ofrecen talleres de teatro, música, danza, artes plásticas, conferencias y conversatorios con escritores invitados. Allí Carlos Flaminio ha dirigido durante muchos años su taller de creación literaria, diseñado para los estudiantes de la ciudad. Este taller se centra no solo en fomentar la escritura en los niños, sino que los acerca al maravilloso universo de los libros y les abre expectativas nuevas frente a la literatura y la experiencia creativa. Las visitas de los estudiantes al centro cultural, también se convierten en un viaje por la historia del Líbano cuyo relato está a cargo de Carlos Flaminio en su incesante esfuerzo por crear sentido de pertenencia e identidad por el terruño. Como componente fundamental de esta tarea, la Biblioteca Libanense de Cultura refuerza la labor con la difusión de la cátedra del Líbano.

Su centro de operaciones se encuentra invadido por presencias paranormales. Allí hay pianos que se oyen sorpresivamente, peces que nadan en la fuente dejando el agua inmóvil, fotografías del museo con vida propia, libros que estornudan y duendes que se deslizan por las columnas. A propósito de esas columnas, cada vez que se cuentan, una desaparece. También suenan monedas porque sí en los corredores. Fantasmas de corbata deambulan. Entran y salen de la sala de música. Las brujas se resbalan por las tejas de barro.

Todas estas entidades son sus amigas. Con ellas lleva charlando largo tiempo y son inofensivas. Además, el cuidador es el *manager* de este tinglado

pintoresco. Pero jamás se descuida. Permanece alerta. No puede permitir que se le cuele alguna malévol a criatura que traiga el caos a su casa.

Él agudiza su mirada vigilante. Medita y luego escribe en su libro *Álbum de hechicería*: “Muy pocos han visto a este niño trepar por las columnas. Tan rápido como la sombra de un gato sube a la pérgola que se dobla como herradura dentro de la casa de la cultura. El niño camina sobre la plancha de la pérgola y antes de desaparecer deja una risita en los salones. Es el duende que protege a los que visitan el lugar”.



El refugio del cuidador de Musgonia.
Fuente: Foto Estudio Henry

Su pequeña oficina, cerca del museo embrujado, está sitiada por los libros. Es tan descomunal la ocupación y el atiborramiento, que pareciera que estos estuvieran tendiéndole una celada a su dueño. Paulatinamente lo están llevando a una inexorable reclusión definitiva.

Allí, con tan solo una insignificante ventana que lo conecta al poblado, el cuidador en la soledad afina su mente, desamarra el alma y el corazón para dejar que los dedos vuelen libres sobre el teclado. Lentamente, como en su cuento *Cierto respeto*, las letras en “chistosa carrerita” se alinean para que resplandezcan en la pantalla las poesías, los cuentos y las novelas. El

prodigioso milagro del alquimista que a fuerza de repetir el proceso en su inescrutable laboratorio, por fin logra doblar los elementos:

A su flor

“La mano que hoy guía mi pincel / apenas la tocó. / El contagio de sus agitaciones / de su mirada sin nada. / El apretar de sus labios. / El borde del borde / creciendo. / Ya no me importa el color / Debo pintarla de manera que huela.” (*El árbol imaginado*, 2010).

El cuidador de Musgonia planta su semilla

Jesús Amórtegui tiene treinta años, es un joven escritor que a diario sigue los pasos al cuidador de Musgonia. Así se refiere al escritor: “Es la persona que me enseña, me referencia lecturas, me corrige y me alienta, para que siga escribiendo”. Precisamente Jesús es producto de los talleres de creación literaria a los que asistió en la casa de la cultura desde que era un niño. Con mucho orgullo dice conocer la historia de su pueblo, por las enseñanzas de Carlos Flaminio. Hoy Jesús está dedicado a la escritura; ya se han publicado varios cuentos suyos en la colección Nuevas voces de El Líbano de la Biblioteca Libanense de Cultura. A pesar de haber estudiado Sistemas, su interés, gracias a su maestro, está completamente dirigido hacia el desarrollo de su talento artístico. Como este caso, han pasado muchos por la vida del escritor, de los cuales ya no tiene memoria, pues han tomado su rumbo, muchos de ellos han perseverado en su esfuerzo, aunque no recuerden a su mentor. Esta ingratitud, desde luego, no parece afectar a Carlos Flaminio.

Su faceta como editor

Uno de los tesoros más preciados del cuidador de Musgonia ha sido su proyecto Biblioteca Libanense de Cultura. A pesar de que su dueño tiene muchas obligaciones y debe salir a hacer sus rondas, se toma su tiempo

para contarme fascinado sobre esta monumental empresa que inició hace quince años. Se trata de una editorial propia consolidada en la región, que publica de manera continua obras famosas de escritores hispano-americanos en novela cuento, poesía y ensayo. Es un trabajo ordenado y sistemático que ha podido mostrar a la luz un invaluable aporte a la cultura regional y nacional. Se resaltan los volúmenes dedicados a la historia del Municipio llamada *Cátedra de El Líbano*. También edita crónicas, textos periodísticos, artículos de investigación, antologías, literatura infantil y cuenta, así mismo, con la colección *Nuevas voces de El Líbano*, que incluye obras de noveles narradores de la región.

La Biblioteca Libanense de Cultura cuenta en la actualidad con más de setenta títulos editados como resultado de la instauración de la política cultural en el Municipio, que fue promovida por Carlos Flaminio. Cada año publica seis títulos de las diferentes colecciones. Es la mejor herencia que el cuidador de Musgonia está dejando a sus hijos. “No podemos dejar de lado el trabajo editorial que ha venido realizando Carlos Flaminio en más de una década con la Biblioteca Libanense de Cultura, agregado a ello el esfuerzo que implica convencer al alcalde de turno para que este empeño de años no perezca”, afirma el escritor Carlos Orjuela.

Presencia firme en la Feria del Libro

También, a veces, el cuidador se pone elegante y orgulloso. Alista su morral con galletas de las clarisas, salchichón Tovar, café de la región y hasta la Banda de música de Musgonia se une a esta bochinchera comitiva. En medio de la algarabía y animada por su líder parte hacia Bogotá. Allí, cada año tienen una cita ineludible en la Feria Internacional del Libro.

Es el momento en el que el cuidador, insuflado por el hechizo que lo signó el nacer el día de la Virgen del Carmen, muestra al país su Musgonia querida. La enseña a través de los libros que carga en su baúl con siete chapas, los libros de su exclusiva biblioteca, la que con tanto amor ha ido consolidando a través de los años.

Con la paciencia de un padre amoroso le cuenta a la gente sobre su pueblo. Habla de la idiosincrasia, las leyendas, los orígenes. Se le ve siempre en su afán por visibilizar su terruño y rescatarlo del olvido al que lo sentenció la historia mal contada. Son instantes de felicidad y placidez porque la gente lo escucha con atención. Se siente orgulloso por haber logrado que el Líbano sea el único municipio colombiano con su stand propio en la Feria del Libro. Allí se encuentra con cuidadores de otras comarcas que lo esperan, lo reciben y lo abrazan fraternalmente. Con ellos comparte experiencias, libros y hasta un vinito. Pero pronto recuerda que la casa ha quedado sola. Se preocupa y empaca rapidito.

Un día el cuidador se da cuenta de que a los habitantes de Musgonia les hace falta sentido de pertenencia. Andan como locos. Se vuelven adoradores de expresiones culturales foráneas. Entonces, ante la gravedad de lo observado, decide escribirles una hermosa historia titulada *Mineima* (2014). En ella les revela sus orígenes. Desde ese día todos festejan porque su pueblo por fin tiene el mito de su creación y ahora duermen tranquilos sin miedo a ser nuevamente enajenados.



De izquierda a derecha con Iván Darío Álvarez, Juan Manuel Roca y Esmir Garcés.

Fuente: Carlos Flaminio Rivera

El cuidador tuvo que hacer una ardua investigación y documentarse con los cronistas de Indias. *Mineima* surge de la cultura indígena de los colimas. Ellos eran los antiguos habitantes de la región. Igualmente, este enorme empeño escritural e investigativo busca retomar lo autóctono de nuestro territorio. También pretende reelaborar el mapa real de nuestras costumbres y leyendas. Es decir, es un admirable ejercicio en la búsqueda y reafirmación de la identidad libanense y su imaginario cultural.

Todas estas razones son las que lo han hecho merecedor de su honorífico título: el cuidador de Musgonia. Siempre se le ve al cuidador repasando a *Los cronistas de Indias* como fuente primigenia para darle cuerpo a sus historias. Horas de trabajo en las que relee articulistas, los compara y ausculta mapas antiguos, libros abandonados. Pareciera que nunca renunciara a su eterna obstinación por hablar de Musgonia. Ha sido su preocupación constantel ligarla con el pasado del país. Quiere mostrarla en su justa dimensión cultural, histórica y social. No se conforma con la tinta corrida por los historiadores oficiales. Sigue buscando y armando una explicación veraz del origen y la esencia de su pueblo.

Por ejemplo, todo lo que tiene que ver con la cultura cafetera en Colombia, según sus investigaciones, no surge en el Eje Cafetero como siempre se ha creído. Esta se inició en el Líbano, en Manizales y parte de Antioquia. El Líbano en 1920 ya producía más de un millón de kilos para la exportación. El pueblo tenía en 1930 varias trilladoras. Este reconocimiento nunca se le ha dado al Municipio y en esa tarea se encuentra el escritor: “Hay que rescatar una historia que protagonizó El Líbano en Colombia y que se ha mantenido oculta”, dice Rivera.

Itinerario actual

En el momento tiene tres novelas inéditas. Una de ellas es una versión breve sobre Los Bolcheviques, basada en la investigación de Gonzalo Sánchez, titulada: *Los Bolcheviques de El Líbano* (1976). En ella, Sánchez hace un justo reconocimiento a El Líbano como el primer pueblo de toda

América Latina en liderar un intento fallido de revolución. Estos hechos sucedieron en 1929 y llevaron a la clase obrera de la época con fuerte ideología socialista a levantarse en contra de los abusos de los terratenientes.

Carlos Flaminio, por su parte, intenta recrear este hecho histórico desde la ficción. Quiere rendir un homenaje al pensamiento anárquico de los ciudadanos de El Líbano de este tiempo: “Hay un plano de El Líbano, aproximadamente entre la década de 1890 a 1900, con 42 manzanas, escuela, plaza, palacio de Gobierno y no hay iglesia”, comenta el escritor. Esto lo lleva a concluir la liberalidad conceptual de los primeros pobladores que se evidencia con la posterior insurrección de 1929.

Su segunda obra inédita se titula *El color más hondo*. Cuenta con cerca de 300 páginas y se lleva a cabo en un manicomio. “Se desarrolla en un día nada más. Es un testimonio del país que me tocó vivir”, afirma el escritor. La tercera obra, según él, “es una novela de época basada en un hecho histórico como lo fue la primera expedición filantrópica de la vacuna de la viruela en 1804”. En ella pretende fusionar los referentes culturales que históricamente se han transmitido sobre el indígena, el negro y el español.

El oficio: “Yo escribo para espantar a ese tipo que me iba a matar”

¿Y cuál es ese tipo Carlos Flaminio? “Pues ese soy yo, Esperanza”. Esta es la respuesta que me da al preguntarle ¿Por qué escribe? Quedo confundida y reflexiono. Sencillamente huye de sí mismo, de sus demonios. La escritura es su catarsis. Ahora entiendo por qué en el momento en que Marthica tuvo que dejarlo hace unos años, para dedicarse a cuidar a su madre en El Espinal, él le dijo: “Mientras tenga la Literatura estoy bien. El problema es cuando no la tenga. Ahí sí pierdo el equilibrio”.

Terminamos la entrevista sentados mirando la pequeña media torta del refugio, tratando de escuchar “la voz doblada” que sale de sus gradas. En este momento, el cuidador de Musgonia se dedica a explicarme sobre algo tan personal como los detalles de su oficio. Lo hace con tolerancia,

pues llevo varios meses detrás de él preguntando sin descanso, tiempo de interrupción a la soledad de su rutina e intromisión en su vida:

“El escritor debe estar atento a los giros políticos, económicos y sociales. Es un solitario que sale a la calle a atrapar imágenes para meterlas a un libro. El escritor se recoge se roba mucha vida social, pues tiene que asimilar otro tipo de sensibilidad que debe estar a flor de piel. Debe investigar, trabajar mínimo seis horas diarias con mucha disciplina. Este es un oficio en el que los sueños son una continuidad de las ideas que en el día se han trabajado” (Rivera, 2018).

Es un crítico de la industria editorial. Afirma que la fama no le importa. No tiene premios porque no se presenta nunca a los concursos. No le interesan. Pero sus obras han trascendido las fronteras y han sido traducidas al alemán. Ha sido reseñado por críticos y escritores como Nelson Romero y Juan Manuel Roca. Sus producciones han sido editadas en antologías colombianas de cuento y novela.

Igualmente, en su Boletín Bibliográfico, la biblioteca Luis Ángel Arango ha difundido sus creaciones. La Alcaldía de El Líbano y el Concejo Municipal le han otorgado reconocimiento al invaluable trabajo de recuperación de la memoria histórica de la ciudad. Mención honorífica por su destacado esfuerzo en la “investigación etnolingüística de la oralidad urbana y rural del municipio”.

En el año 2007, la Gobernación del Tolima, por intermedio de la Dirección de Cultura Departamental, exaltó la importancia del escritor. En su reconocimiento, avaló el valioso aporte de Carlos Flaminio Rivera por ser el precursor de la Biblioteca Libanense de Cultura y por haber posicionado a El Líbano en la Feria Internacional del Libro. En este certamen se le hizo un homenaje por la publicación de la colección poética *Doble Fondo* de su Biblioteca. Esta recopilación hace una integración de la poesía hispanoamericana con la colombiana.

Nuestro cuidador ha sido invitado a festivales literarios nacionales e internacionales. En ellos ha dictado talleres de literatura: En México, en San Luis Potosí en el festival de poesía “Abrapalabra”. Y en Perú, en el encuentro de literatura “El Patio Azul” de Cajamarca.

Para el cuidador de Musgonia es más trascendente el “oficio de escritor”, que el “Mundo de la literatura”. Ese ambiente de cocteles y de reconocimientos no le interesa. Odia el mercado que “prostituye” a los escritores. Este solo inventa premios y fabrica ganadores. Aborrece ese universo de egos y de vitrina:

“Carlos Flaminio con un buen puñado de libros publicados que sostienen un nivel de elaboración exigente, prueba que con el tiempo sus libros se irán entendiendo. Por ahora sus novelas y cuentos no hacen parte del hipermercado y mucho menos del sonajero de los conductores de lecturas mediáticas” (Orjuela Duarte, 2017).

En su rutina es común verlo ensimismado indagando y tomando tinto en los cafés del parque con los moradores más simples del poblado. Los siente muy suyos. Sale en su ronda diaria a atrapar anécdotas, imágenes, sonidos, texturas, olores, sensaciones y a espantar fieras. Todo lo que recoge en su peregrinar lo plasma con amor en sus libros.

Voces

El escritor Celedonio Orjuela, autor del libro *Dónde estará la melodía* (2005), se expresa así del trabajo literario de su amigo: “Su lenguaje, lo dije en otra oportunidad, se da mediante un corto fraseo y sus atmósferas, si se quiere proponen ambientes surrealistas en el entendido de que sus personajes son seres contrahechos, concebidos para que en ellos participe la vigilia y el sueño (la razón y la locura) como lo proponen los surrealistas. Carlos Flaminio es muy cercano al mundo creativo de un Guillermo Apollinaire, el escritor francés que fue como una suerte de bisagra de lo que fue la tradición poética francesa y la vanguardia. Recordemos que Apollinaire fue un hechicero como Carlos Flaminio con su *Manual de hechicería*, fue un poeta que rompió las formas tradicionales de hacer poesía e innovar con nuevas formas como el ideograma, el caligrama y otras formas de la poesía de vanguardia que se respira hoy en día. De igual forma, Carlos Flaminio, respetando la tradición de la prosa, pero

entendiendo su agotamiento, propone nuevas formas de narrar, tanto en el cuento como en la novela y diría más; en la escritura de Carlos Flaminio Rivera encontramos inserto en lenguaje narrativo el cuento, novela, poesía y hasta pinceladas ensayísticas, entendiendo que en la novela se pueden insertar todos estos géneros, sin caer en los falsos clichés”.

Igualmente, el reconocido poeta Juan Manuel Roca se ha interesado por la trayectoria del cuidador de Musgonia, con quien lleva largos años de amistad y conversación literaria: “Carlos Flaminio Rivera entrelaza sucesos reales e imaginados, no se niega ni siquiera a merodear en la ciencia ficción, con hechos que involucran nuestra reciente historia, en cuentos que dependen más de la atmósfera que de la anécdota en sí misma, lo que lo hace singular en la más reciente cuentística nacional, tan apegada al suceso.

(...) Un olor a tiempo detenido, el de nuestra historia repitiéndose, un olor a temporalidad mitológica y un olor a historias nacidas de los libros, en esa interlocución que sostiene desde la región de Musgonia con el mundo de las letras de otras culturas y lenguas, con esa zona en la que logramos la abolición de las fronteras”.

En este difícil intento por reconstruir y visibilizar ante todos al humilde escritor de mi tierra, al infatigable cuidador de Musgonia, concluyo que su vida ha transcurrido como si fuera un personaje más de sus historias. Los pobladores lo identifican por su eterno deambular por las calles embrujadas del pueblo. Es fácil verlo con su mochila de herramientas resanando bahareques desprendidos y apuntillando ventanas. Cambiando cerraduras y candados. Apaciguando a las criaturas paranormales en sus correspondientes moradas.

La despedida, como todas, es triste. Parte entonces el cuidador de Musgonia con moneditas viejas en sus bolsillos, arrastrando su fantasmal carreta a la que quiero subirme. El crujir de sus desvencijadas ruedas sobre las piedras levanta polvareda de mulas, brujas y duendes. El habitual disturbio anuncia siempre el perpetuo agobio de su dueño por mantener vivo el recuerdo de su pueblo.

Guía complementaria

Las siguientes son preguntas sugeridas para estimular el diálogo en el aula. Se recomienda complementarlas a criterio de docentes y estudiantes.

1. La imaginación de Carlos Flaminio Rivera le permitió recrear una tierra mágica llamada Musgonia. ¿En qué lugar estaba inspirada? ¿Cómo la describe? Consulte y amplíe la información.
2. La infancia de Carlos Flaminio Rivera se desarrolló en medio del conflicto bipartidista que tiñó de sangre la historia de nuestro país. En particular, la región del Líbano fue tristemente recordada por la presencia de reconocidos bandoleros como Desquite, Tarzán y Sangre Negra. Consulte brevemente quiénes fueron estos personajes y cómo influyeron en la historia del norte del Tolima.
3. De acuerdo con el texto, los lugares en los cuales vivió sus primeros años Carlos Flaminio Rivera fueron fundamentales para inspirar sus cuentos. Reflexione acerca de la importancia que tuvieron lugares como el cementerio, la funeraria y la barbería en su prodigiosa imaginación.
4. Fiel a su profesión de narrador, Carlos Flaminio Rivera era un ávido lector. Explique por qué para él era tan importante la lectura. ¿Qué piensa usted? ¿Es la lectura una herramienta para construir mundos y realidades? ¿Es importante para describir lo que sucede alrededor? ¿Es más importante la lectura o la imaginación?
5. En la historia, existe un capítulo importante referido a los Bolcheviques del Líbano. ¿Quiénes fueron? ¿Por qué se hizo famoso este movimiento? ¿De qué forma inspiraron a Carlos Flaminio Rivera?